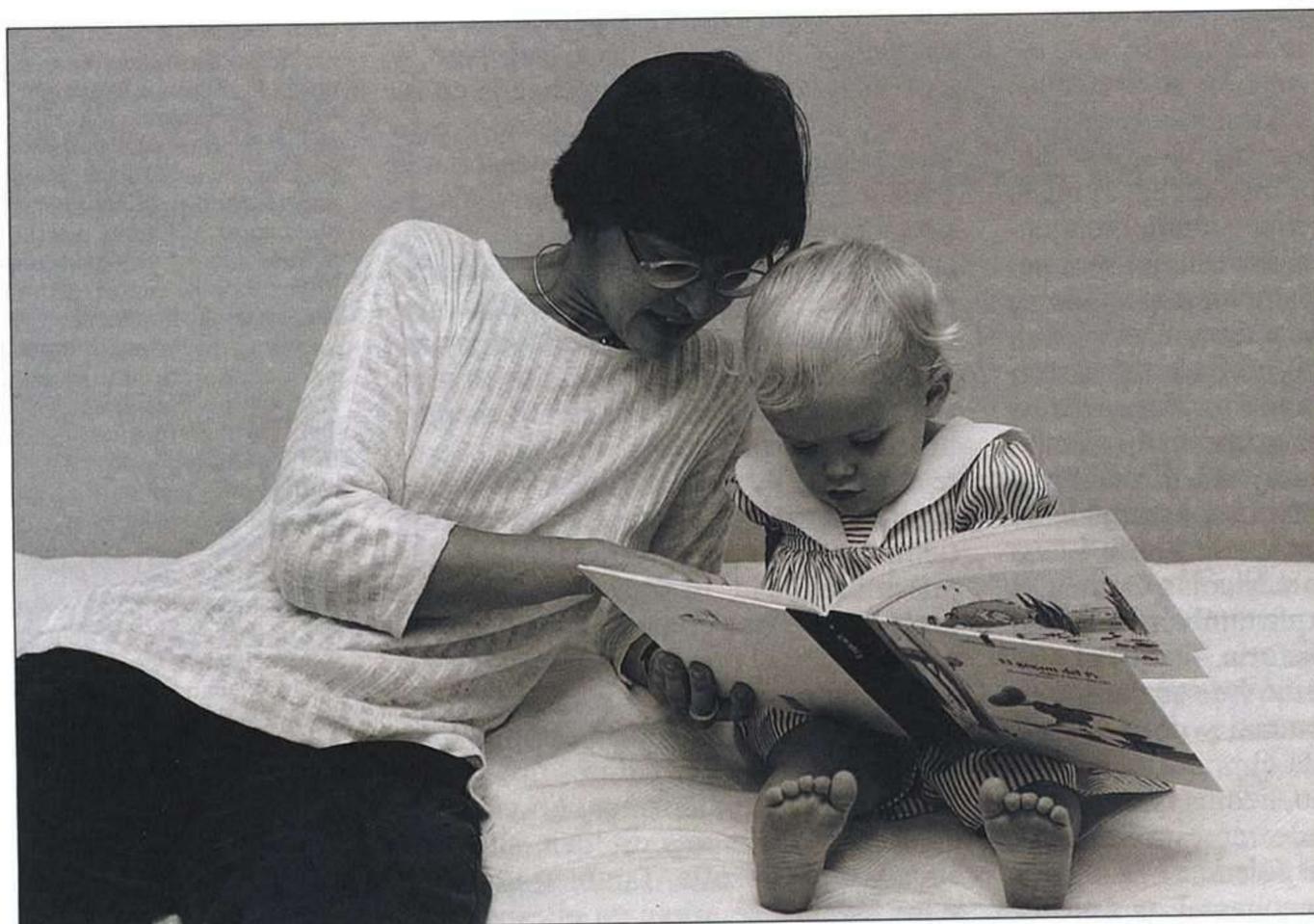


En busca del paraíso

La lectura en voz alta

por José Luis Polanco*

La lectura en voz alta, una vieja costumbre que conviene recuperar, puede ser un buen camino para contagiar la pasión por la lectura a nuestros hijos y alumnos. Eso es lo que defiende al menos José Luis Polanco en este artículo, en el que reivindica esta práctica casi olvidada. Y no sólo hay que leerles en voz alta a los niños pequeños, sino también a los que ya saben leer, para darles a conocer el placer de escuchar. El texto habla de las virtudes de la lectura en voz alta, de las condiciones en las que se debe producir y también de los riesgos que comporta.



ANA PEYRI.

Si de alguna manera padres y profesores podemos transmitir el placer de leer es por contagio. Sólo transmitimos con pasión aquello que a nosotros mismos nos apasiona.

Cuando el padre o la madre, o el profesor, disfrutan con ella, la lectura en voz alta puede ser un buen camino para contagiar la pasión por la lectura: a los niños que aún no saben leer, para ir abonando el terreno; y también a aquellos otros a quienes los libros les resultan pesados y aburridos.

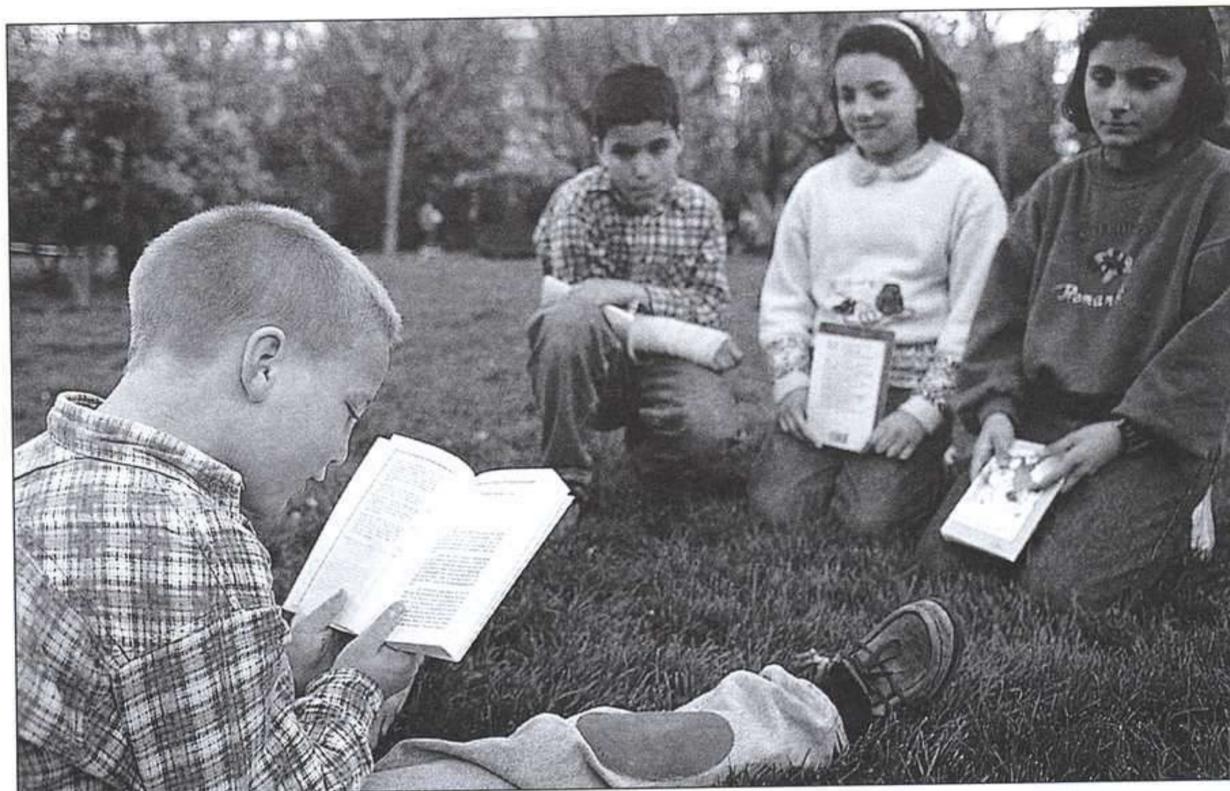
Silencio: comienza la lectura

«No es necesario que diga cómo mis sueños se poblaron con las más terribles imágenes del mutilado. En noches de borrasca, cuando el viento sacudía hasta las raíces de la casa y la marejada rugía en la cala rompiendo contra los acantilados, se me aparecía con mil formas distintas y las más diabólicas expresiones. Unas veces con su pierna cercenada por la rodilla; otras, por la cadera; en ocasiones era un ser monstruoso de una única pierna que le nacía del centro del tronco. Yo la veía, en la peor de mis pesadillas, correr y perseguirme saltando estacadas y zanjas. Bien echadas las cuentas, que caro pagué mis cuatro peniques con tan espantosas visiones».

Poco a poco el relato va tendiendo su celada. Los oídos, atentos; las palabras se van llenando de sentido y las imágenes surgen en las cabezas de los niños. Si todo transcurre según lo previsto, enseguida estaremos todos prendidos del relato.

Sin duda son muchas las personas que llegaron a la lectura porque tuvieron la fortuna de encontrar a alguien que leyera para ellas, y que disfrutaba él mismo leyendo en voz alta. Me viene a la memoria Isak Dinesen, lo cuenta en *Lejos de África*; Dylan Thomas, leyendo sus poemas; Dickens haciendo disfrutar a su público con las desventuras de *Oliver Twist*; Kafka, leyendo *La metamorfosis* a su amigo Max Brod; Mary Shelley, a orillas del lago, leyendo *Frankenstein* a sus compañeros.

A Astrid Lindgren le leían también de pequeña, y la que sería la aventura más fascinante de su vida tuvo su origen en



ANA PEYRÍ.

la humilde cocina de Kristin, donde Edit le leía cuentos de gigantes y de hadas que hacían vibrar su alma. Y Jean Paul Sartre, que sólo tenía oídos para la voz de su madre transformada por la lectura.

Manuel Llano, voz de los pueblos de Cantabria, recuerda en alguna de sus mejores páginas a un atípico hidalgo de estas tierras: «Don José María tiene costumbre de leer libros y periódicos a la buena gente, sentado en una lastra, debajo de un nogal. Manía extraña en lo anodino del pueblo. Aquí a los hidalgos no les daba por estas cosas. (...) Algunas veces nada más que le oían las ramas del nogal, los guijarros, las cigarras. No le importaba esta soledad. Luego iban llegando los hombres, lentamente, liando el pitillo en una hoja fina de maíz. (...) ... la mayoría escuchaba con atención, arriándose más y más al tronco que servía de respaldo al hidalgo. Cuando cerraba el libro, era como si bajase la tapa de un piano en lo más delicioso de la sonata...».¹

Muñoz Molina rememora los sábados de su bachillerato dedicados a leer por turnos un ejemplar único de las aventuras del Conde de Montecristo, «que se multiplicaba por efecto de la voz humana». A Ángeles Caso le gusta recordar la fortuna de haber tenido un padre que le recitaba poemas; y siente un cariño especial por el romance del conde Arnaldo, con el que nació su afición a la lectura. Y así tantos y tantos otros.

Pero, no sólo entre escritores. Si recurrimos a nuestros propios recuerdos,

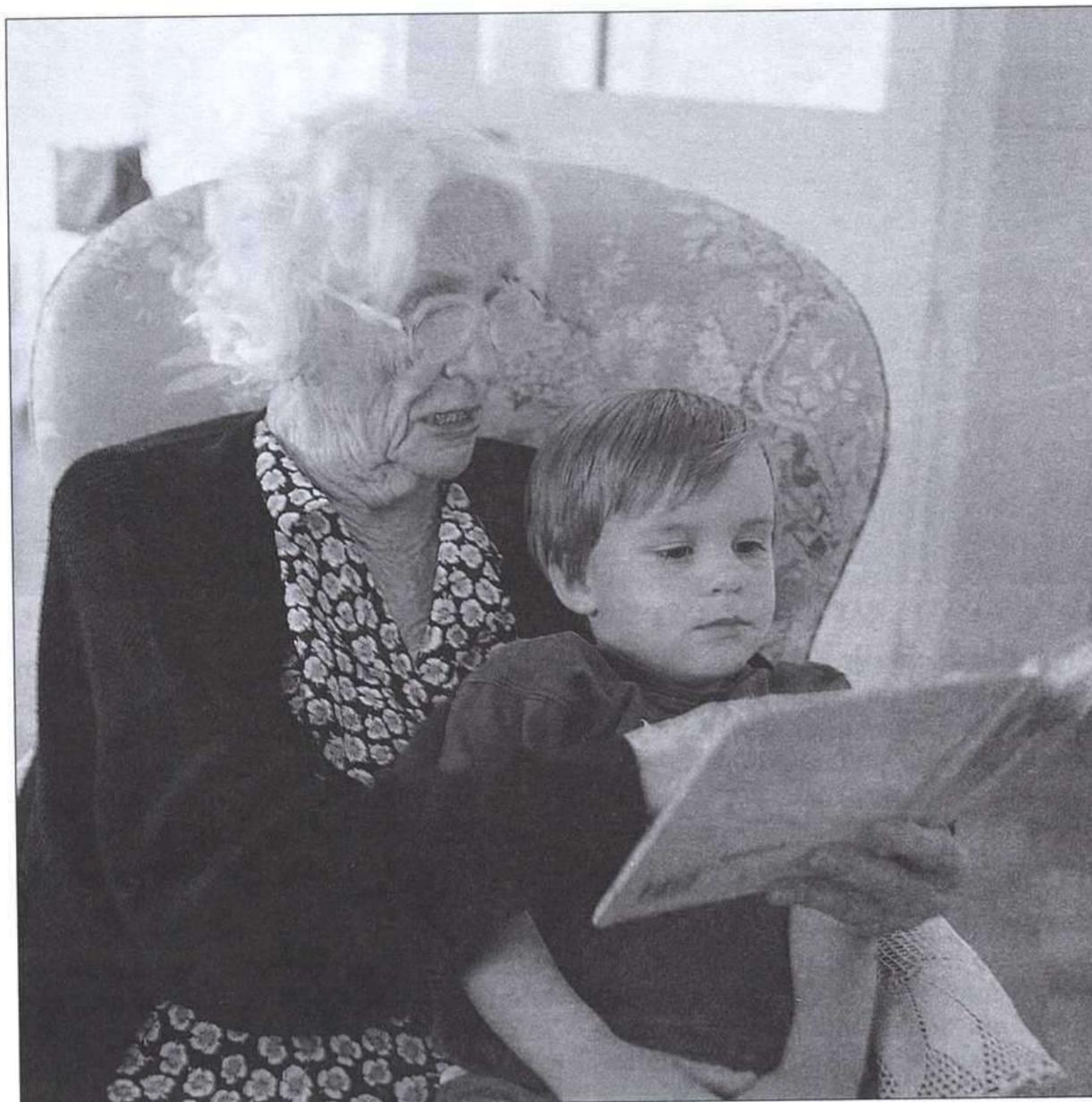
comprobaremos la influencia de alguien que leyó para nosotros en nuestra infancia y nos enseñó a sumergirnos en el misterioso territorio de lo imaginario.

Desgraciadamente, a muchos de nuestros alumnos abrir un libro les requiere el mismo esfuerzo que levantar una pesada losa. Por eso, una ayuda externa nunca vendrá mal. Sucede además que, muchas veces, la verdadera comprensión de un texto pasa por escuchar el sonido de las palabras, que piden materializarse en nuestros oídos, tomar cuerpo, hacerse vida. Porque como dice Neruda las palabras «tienen sombra, transparencias, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces»; y muchos textos que parecían inaccesibles para los niños quedan a su alcance gracias a la voz ajena, las palabras atrapadas en la cárcel de las páginas se ven al fin libres de su mordaza.

Pocos son los niños a quienes no les gusta que les lean en voz alta, que se resistan al placer de escuchar. Necesitamos, principalmente, una buena historia, tiempo y ganas de leer.

Una vieja costumbre a rescatar

Ya Cervantes reivindicaba la lectura en voz alta. A la caída de la tarde — cuenta en *El Quijote*—, después de la siega, había gente que leía historias para deleite de sus vecinos: «siempre hay al-



ANA PEYRÍ.

guno que sabe leer y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil caras...».

Y la tradición de los recitales nocturnos a la orilla del fuego, en las largas noches de invierno, se pierde en el horizonte del tiempo. La pasión de las gentes por los relatos, después de una dura jornada de trabajo —niños y adultos participaban generalmente de los mismos espacios y actividades— hasta en los largos velatorios, no es algo exclusivo de nuestras gentes. José Manuel de Prada nos habla de la existencia de narradores itinerantes en la Irlanda rural, la expectación que levantaba su llegada y el prestigio que tenían: «La casa no tardaba en llenarse; la gente se sentaba en todas las sillas disponibles, en los peldaños de la escalera que conducía al altillo y hasta en el suelo; los que se quedaban sin asiento se apoyaban contra las paredes, y en el silencio que precedía al

inicio del relato no se oía ruido alguno, salvo el crujir del fuego y el canto del grillo». ²

En la actualidad, esta necesidad de historias la cubren en buena medida las historias de la televisión. El avance de los medios de comunicación no sólo ha acabado con la costumbre de contar y escuchar cuentos, sino que está dando al traste también con el hábito de leer.

Ana Pelegrín, voz enamorada de la palabra, se lamenta de ello: «No sólo el arte de contar es un oficio olvidado; hemos perdido el arte de leer. Nos referimos a la lectura (no a las técnicas y prácticas del aprendizaje lector) como cadencia, ritmo, entonación, expresión de un lector que quiere contar, cantar, encantar a un grupo expectante». ³

Pero si lo hemos perdido, nunca es tarde para recuperarlo. Es ésta una recomendación que vale de manera muy especial para padres y madres. Cuando los

hijos son pequeños y aún no han aprendido a leer, pero pueden ya empezar a disfrutar con los libros. Llega la noche y su cuarto es el nido confortable en el que gozan con la lectura a través de las palabras del padre o de la madre mientras se acerca el sueño. Muñoz Molina recrea esta Arcadia infantil de los libros y «el gozo de la lectura a través de la voz del adulto en la que reviven cada noche para él las palabras y las fábulas, en ese reino confortable de la cama, la lámpara y la vecindad del sueño. La voz se aleja, se va disgregando en la dulzura densa de dormir...». ⁴

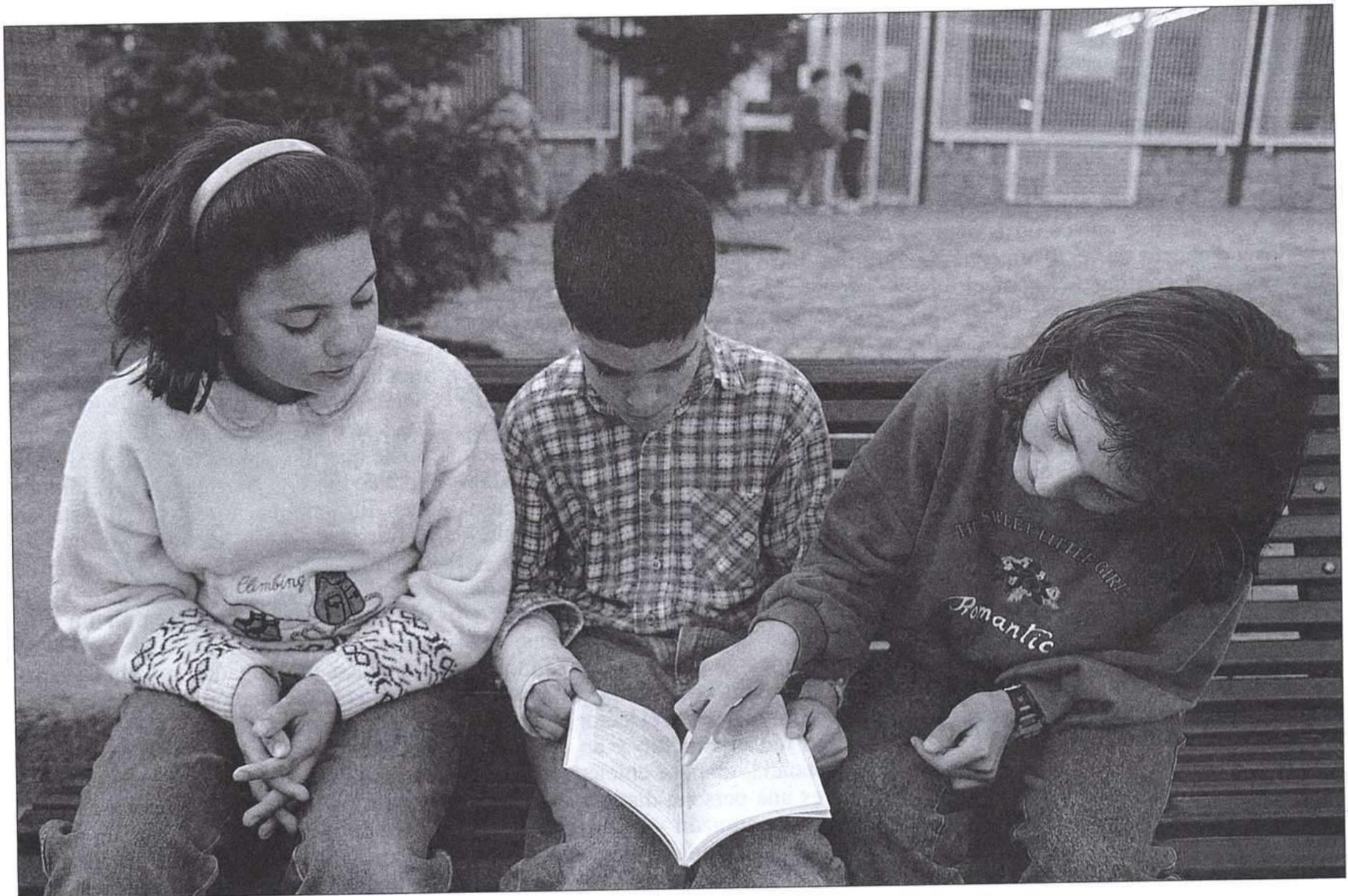
Pero no sólo cuando son pequeños; sino cuando, ya mayores, comienzan a caminar por su propia senda. Volver a empezar entonces; abrir como antes la puerta de su cuarto y leerles en voz alta, porque sí, sus historias preferidas. Y también en la escuela: regalar un tiempo de lectura con el mismo cariño que se entrega el mejor presente.

El placer de escuchar

La lectura en voz alta alcanza pleno sentido cuando es gratuita, cuando no existen contrapartidas ni exigencias posteriores. Esto conviene subrayarlo especialmente en el ámbito escolar, donde acostumbramos a instrumentalizarlo todo, privándolo en muchos casos de su sentido originario. Las historias al amor de la lumbre fascinaban por su propio encanto, eran historias para pasar el rato, para hacer más llevadero el cansancio tras las ingratas tareas del campo y más agradables las largas noches del invierno.

Así, pues, leamos para que se entusiasmen ellos mismos leyendo. El objetivo no es incrementar su bagaje cultural con títulos, datos y fechas; sino hacer que hable el texto, abrir sus oídos y sus ojos. Que sientan que el esfuerzo de enfrentarse a un texto y desentrañarlo puede merecer la pena.

Para intentarlo es muy importante que exista un buen clima en la clase. Sólo cuando hay sosiego y contento; cuando contamos con la complicidad de los oyentes; y, cuando entre quien lee y quienes escuchan existe una mutua aceptación, puede deshovillarse el hilo



ANA PEYRI.

de la narración. Quizá sea esta una de las principales dificultades para que la lectura en voz alta funcione.

Y, por supuesto, el silencio es necesario e imprescindible para poder disfrutar un bello texto. Aunque resulte obvio, hay que señalar que no siempre es sencillo conseguirlo. La escuela es un reflejo de la sociedad a la que pertenece. En un mundo en el que la personalidad de cada cual parece afirmarse en la medida de los decibelios que es capaz de producir, la escuela debe hacer un esfuerzo para enseñar a escuchar.

Está, además, la cuestión técnica: saberlos leer con la entonación y el brío necesarios para seducir al auditorio e introducirlo en el ámbito maravilloso del relato, no es tan sencillo como parece. En la escuela, sólo la capacidad de seducción del texto puede suplir la magia del fuego que crepita y las evoluciones de las llamas con sus luces y sombras en

la estancia. A la calidez de la voz del lector le corresponde crear el ambiente acogedor de la chimenea ausente.

No es necesario poseer las facultades de Fernán Gómez, Núria Espert o Vittorio Gassman. Quienes leamos debemos olvidarnos de nuestra falta de formación en este campo y de nuestras limitaciones técnicas, dejar a un lado nuestra timidez y nuestros temores y tratar de leer los textos con corrección y sencillez, pero con entusiasmo y entrega. Como si estuviéramos dando algo personal: ofreciendo algo que nos agrada a alguien a quien queremos. Sabiendo que el sentido, la intensidad y la vida de un texto, lo transmitimos a través de los matices de nuestra voz, de los gestos de la cara, en la mirada, en los movimientos de las manos, en las pausas que hacemos. Los cambios de voz, las inflexiones, el ritmo y la intensidad, pendientes de dar sentido a lo que queremos expresar, añaden riqueza

a la elocución al tiempo que aumentan la expectación de los oyentes.

Pero, al mismo tiempo, es necesario sentir respeto por el texto y tratar de evitar imposturas; porque pretendiendo llenarlo todo con la presencia del lector podemos caer en la sobreactuación. El resultado puede ser penoso, especialmente para el texto que no tienen ninguna culpa de nuestra arrogancia. Marie-Constance, la protagonista de *La lectora*, la novela de Raymond Jean, reflexiona sobre su oficio de lectora a domicilio: «Una lectora modelo debe ser un instrumento perfectamente neutro y dócil. Una pura herramienta. Una pura transparencia. Éste es, sin duda, su límite, pero también su grandeza». ⁵ Ponerlos pues al servicio del texto, diluirse uno mismo a medida que el texto cobra vida.

Aunque dirigidas a los poetas, Joan Maragall, escribió unas palabras que vie-

nen al caso: «...cuando habláis olvidados del ritmo ruin de vuestra vanidad, y en toda la humildad de inspiración de vuestra alma, yo he visto a las gentes que antes distraídamente os escuchaban, iluminarse sus ojos, encendérseles las mejillas, alentar sus bocas entreabiertas y sonreír con beatitud entre lágrimas... Les he visto mirarse unos a otros maravillados y dichosos de verse juntos redimidos de toda contingencia por el encanto, que les era desconocido, de la palabra absoluta». ⁶

Creo que una de las claves del éxito de la lectura en voz alta se encuentra en que sea un gesto de cariño. Acto de cariño y simpatía que tiene un triple destinatario: el auditorio, el texto que va a ser leído y el propio lector. Si uno no está a gusto con el grupo de personas a las que va a leer —ese día se pueden haber torcido las cosas—; o no existe una buena relación con el texto, porque entre ambos no ha surgido esa química especial tan necesaria; o el lector no disfruta leyéndolo, por cansancio o tedio al leer varias veces un mismo texto, por ejemplo, en esos casos, es mejor no intentarlo.

Algunos riesgos

Hay que tener en cuenta que leer en voz alta es una actividad no exenta de ciertos riesgos y dificultades. Lo es en el sentido de que quien lee deja al descubierto su conocimiento o su ignorancia del texto, su buena relación o no con el mismo. Y también si se sabe realmente lo que lee, si lo conoce y los siente a fondo, facilitando así la comprensión de los oyentes. En caso contrario, es muy fácil que transmita un texto anodino o muerto.

Por eso, cuando uno no se siente a gusto, está cansado, o le requiere un gran esfuerzo, es preferible no intentarlo. En ningún caso, hemos de plantearnos esta actividad como un deber inexcusable. Dejésmolo entonces para mejor ocasión. Y no tanto pensando en nosotros mismos —aunque también—, sino en los propios niños. Porque quien escucha capta inmediatamente la desgana que provoca la rutina y los estragos que causa la tarea impuesta o el cansancio.

No olvidemos tampoco que los niños

intuyen perfectamente el tipo de relación que mantenemos con el texto. Si es de desinterés o desdén, eso mismo lo sentirán ellos. Pero si por el contrario es admiración y enamoramiento lo que existe entre el texto y su lector, es casi seguro que también lo perciban. ¿No nos sucede los adultos algo parecido? Cuando un amigo nos habla con apasionamiento del último libro que ha leído, ¿no sentimos deseo de poseerlo también nosotros?, ¿no queremos sumergirnos cuanto antes en sus páginas?

Llegados a este punto, me parece importante hacer una advertencia: la lectura en voz alta suele reservar grandes sorpresas, y conviene que estemos preparados. Esto es así porque entran tantas variables en juego que cualquier cosa puede suceder, haciendo que el resultado sea a menudo impredecible.

Uno de estos factores es el número de oyentes y la diferencia de gustos y personalidades. Sabemos de sobre que hay muchos tipos de lector, y que cada uno sigue un proceso de lectura distinto. La idea que circula sobre el lector universal, igual en todo momento y en cualquier circunstancia, es pura entelequia. Cada lector es una persona distinta, una inteligencia, un corazón y una sensibilidad diferentes. Los profesores sabemos bien que un grupo de alumnos tampoco es un todo homogéneo: hay entre ellos una gran variedad de gustos e intereses. En consecuencia, es muy probable que el texto que leamos sea del agrado de unos y no tanto de otros.

Otro factor importante es el propio texto. A veces sucede que una historia que consideramos extraordinaria, resulta un auténtico fracaso. Por el contrario, otras que llevábamos sin demasiado convencimiento consiguen conectar muy bien con los oyentes. Este tema de la elección de los textos bien merecería un nuevo artículo. Mientras tanto, vaya una doble recomendación: conocimiento del grupo de alumnos y de sus gustos e intereses, y echar mano de aquellas historias que nos apasionan y en las que nos hemos sentido aludidos.

Algunos detractores de esta actividad lo son porque entienden que la lectura es una actividad fundamentalmente individual, que sólo en la intimidad alcanza pleno sentido. En efecto, el acto de leer

es esencialmente individual y requiere sosiego y silencio para que se produzca el diálogo entre el texto y el lector. Y esto no siempre sucede, o pasa de manera muy distinta, cuando un grupo escucha a alguien que lee en voz alta. En este caso, los oyentes no pueden detener la lectura cuando les apetece, retroceder unas líneas, saltarse una página o deleitarse leyendo varias veces un determinado fragmento, una misma línea o unos mismos versos.

Todos sabemos que la escuela tiene muchas limitaciones cuando intenta responder a las necesidades individuales. Más de una vez ha sucedido que, cuando he querido leer un texto al final de la hora de biblioteca, en la que los alumnos leen libremente, aquellos que estaban enfrascados en su lectura —la que de verdad importa— han protestado porque se encontraban muy a gusto con su libro, y yo venía a interrumpir un momento que tendría que haber respetado e, incluso, prolongado. La falta de espacios y la inadecuación de los mismos, el exceso de actividad grupal, el «lo mismo para todos», son características de una escuela que no siempre nos permite llevar a cabo lo que sería deseable.

No olvidemos, pues, lo que de verdad importa: un lector que se sumerge en el texto cuando le place, probablemente en la soledad de su cuarto, dueño al fin de la narración, volviendo sobre lo leído para su deleite o saltándose ciertos pasajes que le resultan aburridos, sin que necesite ya la ayuda de un adulto que medie entre su imaginación y el libro. ■

*José Luis Polanco es profesor y miembro de la revista *Quima*.

Notas

1. Llano, M., *Obras completas*, Santander: Publicaciones de la Fundación Marcelino Botín-Sanz de Sautuola, 1967. Págs. 766-768.
2. Delargy, James, en *The Gaelic Story-teller*. Citado en *Cuentos populares irlandeses*, Madrid: Siruela, 1994. Edición a cargo de José Manuel de Prada.
3. Pelegrín, Ana, *La aventura de oír. Cuentos y memorias de la tradición oral*. Madrid: Cincel, 1982. Pág. 35.
4. Muñoz Molina, A., «La voz humana» en *El País*, 31 de mayo de 1995.
5. Jean, R., *La lectora*, Madrid: Espasa Calpe, 1990.
6. Maragall, Joan, *Elogio de la palabra y otros artículos*, Navarra: Salvat, 1970.